

➤ 5 domingo del tiempo ordinario, año C. *La vocación cristiana, llamada de Dios. Isaías y Simón Pedro, dos historias ejemplares*<sup>1</sup>: «aquí estoy. Envíame a mí» (Isaías 6,8); «sacando las barcas a tierra, dejadas todas las cosas, le siguieron» (Lucas 5, 11). *La verdadera religiosidad: lleva a disponibilidad ante las exigencias del Señor, a un encuentro de amistad con Él que es comunión de voluntades, participación en su vida y su misión. Si falta el encuentro con Cristo no habrá auténtica existencia cristiana, aunque haya devociones y prácticas.*

- ❖ Cfr. 5 Domingo Tiempo Ordinario Ciclo C 7 febrero 2010 – Isaías 6, 1-2.3-8; 1 Corintios 15, 1-11, Lucas 5, 1-11  
Cfr. Gianfranco Ravasi, *Secondo le Scritture*, Anno C, Piemme 1999, V Domenica del Tempo Ordinario

### **1. Isaías y Simón Pedro se sienten indignos ante la presencia de la santidad de Dios**

- a) En la primera lectura del libro de Isaías, se nos presenta su vocación. Isaías ve al Señor sentado en un trono, y hay ángeles que proclaman la santidad del Señor: “Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos. Llena esta la tierra de su gloria” (Isaías 6,3).

Y vemos que, ante la santidad de Dios, es decir, cuando Isaías se acerca a Dios, advierte su propia impureza y su propia indignidad. Es así porque Dios es infinitamente santo y el hombre un profundo pecador. Isaías se dijo: “¡Ay de mí, estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros, que habito en medio de un pueblo de labios impuros, y mis ojos han visto al Rey, al Señor de los ejércitos!” (Isaías 6, 5). Recordemos las palabras del Éxodo 33,20: “ningún ser humano puede ver a Dios y seguir viviendo”<sup>2</sup>.

- b) Encontramos lo mismo en la lectura del Evangelio. También los Apóstoles, después de que han obedecido a las palabras del Señor y han conseguido una pesca abundante, se sienten indignos. Simón Pedro “se arrojó a los pies de Jesús, diciendo: apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador” (Lucas 5, 8). Proclama su indignidad y le invade el temor.

### **2. Pero la historia de la vocación no acaba con el reconocimiento de la propia indignidad. Porque el Señor nos purifica para prepararnos a cada uno a la misión que Él ha proyectado, para la que pedirá nuestra colaboración.**

- a) En el primer caso, Isaías es liberado de sus pecados: uno de los ángeles le toca la boca con un carbón ardiente diciendo: “Mira, esto ha tocado tus labios, tu culpa ha sido quitada, y tu pecado, perdonado” (Is 5, 7). Se trata de la intervención salvadora de Dios. Y cuando el Señor pregunta “¿A quién enviaré?, ¿quién irá de nuestra parte?”, Isaías responde “Aquí estoy. Envíame a mí” (Isaías 6,8)

<sup>1</sup> El pasado domingo 4 del tiempo ordinario, veíamos, en la primera lectura, la vocación de Jeremías (1, 4-5.17-19): “<sup>4</sup> Entonces me fue dirigida la palabra de Yahveh en estos términos: <sup>5</sup> . Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado: yo profeta de las naciones te constituí. [<sup>6</sup> . Yo dije: « ¡Ah, Señor Yahveh! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho. » <sup>7</sup> . Y me dijo Yahveh: No digas: « Soy un muchacho », pues adondequiera que yo te envíe irás, y todo lo que te mande dirás. <sup>8</sup> . No les tengas miedo, que contigo estoy yo para salvarte - oráculo de Yahveh - . <sup>9</sup> . Entonces alargó Yahveh su mano y tocó mi boca. Y me dijo Yahveh: Mira que he puesto mis palabras en tu boca. <sup>10</sup> . Desde hoy mismo te doy autoridad sobre las gentes y sobre los reinos para extirpar y destruir, para peder y derrocar, para reconstruir y plantar]. <sup>17</sup> Por tu parte, te apretarás la cintura, te alzarás y les dirás todo lo que yo te mande. No desmayes ante ellos, y no te haré yo demayar delante de ellos; <sup>18</sup> pues, por mi parte, mira que hoy te he convertido en plaza fuerte, en pilar de hierro, en muralla de bronce frente a toda esta tierra, así se trate de los reyes de Judá como de sus jefes, de sus sacerdotes o del pueblo de la tierra. <sup>19</sup> Te harán la guerra, mas no podrán contigo, pues contigo estoy yo - oráculo de Yahveh - para salvarte.” (cfr. JeremíasVocación22A02 y JeremíasVocación22A05)

<sup>2</sup> Cfr. Génesis 32,30; Exodo 19, 21; Deuteronomio 4, 33; Jc 6, 22-23. Para indicar la grandeza de Dios la Escritura dice que los Serafines ocultan su rostro ante la presencia del Señor (cfr. Isaías 6,2).

- b) en el caso de Simón Pedro, cuando él se arroja a los pies del Señor, y le dice que es un pecador, Jesús le responde afirmando que será pescador de hombres, junto a los otros apóstoles: “No temas, desde ahora serán hombres los que pescarás” (Lucas 5, 10).
- c) “Y ellos, sacando las barcas a tierra, dejadas todas las cosas, le siguieron” (Lucas 5, 11). “En la vocación cristiana son requisitos indispensables el desprendimiento auténtico, la pobreza, la elección total del Reino de Dios. Es un paso difícil de dar, ya que estamos ligados a una maraña de intereses, de posesiones, de afectos y de cosas. Sin embargo, como descubrirán los discípulos, la vocación es un “dejar”, es un “perder” mas bien sorprendente porque después ellos “encontrarán cien hermanos y hermanas” precisamente entre los hombres de los que serán pescadores” (cfr. G. Ravasi o.c.).

### **3. Enseñanzas que se pueden deducir de estas dos páginas de la Escritura**

#### ○ **La verdadera religiosidad:**

##### ▪ **a) ... acerca al Señor.**

- Hay una verdadera religiosidad solamente cuando nos acercamos al Señor - las prácticas de piedad son solamente medios para ello - y una de las pruebas de que nos hemos acercado es el descubrimiento de su santidad, es decir, de su amor hacia nosotros junto con el reconocimiento de la propia indignidad;

##### ▪ **b) ... al acercarnos al Señor, Él nos cura.**

- Es más, nos hará saber que cuenta con nosotros para realizar su proyecto de salvación; si hay verdadera religiosidad - y no solamente beatería – cada uno descubrirá su propia vocación, es decir, el compromiso que Dios solicita de nosotros en esta vida;

Si alguien piensa que no le sucederá que un ángel del Señor toque su boca con un carbón para purificarle, como en el caso de Isaías, que recuerde que, en la vida cristiana, hay algo más que un “ángel y un carbón ardiente para purificar” ... El Señor nos purifica en el sacramento de la reconciliación. “Toda la virtud de la penitencia reside en que nos restituye a la gracia de Dios y nos une con Él con profunda amistad” (Catecismo Romano 2,5, 18) (cfr. CEC n. 1468).

##### ▪ **c) ... acaba en disponibilidad ante las exigencias del Señor.**

- Se puede añadir que la verdadera religiosidad no acaba en un erróneo sentido de culpabilidad, en la culpa que lleva a la angustia, sino que acaba en un acto de amor, de disponibilidad ante las exigencias del Señor, de caridad hacia Dios, de liberación de las culpas.

Pediremos al Señor fe, confianza en él cuando también a nosotros nos diga: “guía mar adentro y echad vuestras redes para la pesca” (Lucas 5, 4); a veces también a nosotros nos parecerá no razonable su exigencia: “Maestro hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada .... pero sobre tu palabra echaré las redes”(Lucas 5, 5).

##### ▪ **d) .... nos llevará a compartir la vida de Jesús, a tener una profunda amistad con Él, a “estar con él”. La vida cristiana es comunión con Jesús.**

El estilo de vida de los cristianos, hijos de la luz: Dios nos ha destinado para vivir juntos con él.

- **1 Tesalonicenses 5** <sup>4</sup> Pero vosotros, hermanos, no vivís en la oscuridad, para que ese Día os sorprenda como ladrón, <sup>5</sup> pues todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día. Nosotros no somos de la noche ni de las tinieblas. <sup>6</sup> Así pues, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios. <sup>7</sup> Pues los que duermen, de noche duermen, y los que se embriagan, de noche se embriagan. <sup>8</sup> Nosotros, por el contrario, que somos del día, seamos sobrios; revistamos la coraza de la fe y de la caridad, con el yelmo de la esperanza de salvación. <sup>9</sup> Dios no nos ha destinado para la cólera, sino para obtener la salvación por nuestro Señor Jesucristo, <sup>10</sup> que **murió por nosotros, para que, velando o durmiendo, vivamos juntos con él.**

Cfr. CCE 787: La Iglesia es comunión con Jesús. Desde el comienzo, Jesús asoció a sus discípulos a su vida.

Cfr. Homilía del cardenal Ratzinger en la misa por la elección del Papa, 18 abril 2005, sobre la amistad:

**A pesar de ser siervos inútiles, Jesús nos hace sus amigos**

- Pasemos ahora al Evangelio, de cuya riqueza quisiera sacar tan sólo dos pequeñas observaciones. El Señor nos dirige estas maravillosas palabras: «No os llamo ya siervos... a vosotros os he llamado amigos» (Juan 15, 15). Muchas veces no sentimos simplemente **siervos inútiles**, y es verdad (Cf. Lucas 17, 10). **Y, a pesar de ello, el Señor nos llama amigos, nos hace sus amigos**, nos da su amistad. El Señor define la amistad de dos maneras. No hay secretos entre amigos: Cristo nos dice todo lo que escucha al Padre; nos da su plena confianza y, con la confianza, también el conocimiento. Nos revela su rostro, su corazón. Nos muestra su ternura por nosotros, su amor apasionado que va hasta la locura de la cruz. Nos da su confianza, nos da el poder de hablar con su yo: «este es mi cuerpo...», «yo te absuelvo...». Nos confía su cuerpo, la Iglesia. Confía a nuestras débiles mentes, a nuestras débiles manos su verdad, el misterio del Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo; el misterio del Dios que «tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único» (Juan 3, 16). Nos ha hecho sus amigos y, nosotros, ¿cómo respondemos?

**La amistad es la comunión de las voluntades, donde tiene lugar nuestra redención.**

- El segundo elemento con el que **Jesús define la amistad es la comunión de las voluntades**. «Idem velle – idem nolle», era también para los romanos la definición de la amistad. «**Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando**» (Juan 15, 14). La amistad con Cristo coincide con lo que expresa la tercera petición del Padrenuestro: «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo». En la hora de Getsemaní, Jesús transformó nuestra voluntad humana rebelde en voluntad conformada y unida con la voluntad divina. Sufrió todo el drama de nuestra autonomía y, al llevar nuestra voluntad en las manos de Dios, nos da la verdadera libertad: «pero no sea como yo quiero, sino como quieras tú» (Mateo 26, 39). En esta comunión de las voluntades tiene lugar nuestra redención: ser amigos de Jesús, convertirse en amigos de Dios. Cuanto más amamos a Jesús, más le conocemos, más crece nuestra auténtica libertad, la alegría de ser redimidos. ¡Gracias, Jesús, por tu amistad!

Cfr. Benedicto XVI, El apóstol Felipe, 6 septiembre 2006:  
**Ven y lo verás: dos verbos que suponen una participación personal, que comprometen a conocer a Jesús de cerca, a participar en su vida.**

- El cuarto Evangelio cuenta que, después de haber sido llamado por Jesús, Felipe se encuentra con Natanael y le dice: «Ése del que escribió Moisés en la Ley, y también los profetas, lo hemos encontrado: Jesús el hijo de José, el de Nazaret» (Juan 1, 45). Ante la respuesta más bien escéptica de Natanael --«¿De Nazaret puede haber cosa buena?»--, Felipe no se rinde y responde con decisión: «Ven y lo verás» (Juan, 1, 46). Con esta respuesta, seca pero clara, Felipe demuestra las características del auténtico testigo: no se contenta con presentar el anuncio como una teoría, sino que interpela directamente al interlocutor, sugiriéndole que él mismo haga la experiencia personal de lo anunciado. Jesús utiliza esos dos mismos verbos cuando dos discípulos de Juan Bautista se acercan a Él para preguntarle dónde vive: Jesús respondió: «Venid y lo veréis» (Cf. Juan 1,38-39).

Podemos pensar que Felipe nos interpela con esos dos verbos que suponen una participación personal. También a nosotros nos dice lo que le dijo a Natanael: «Ven y lo verás». **El apóstol nos compromete a conocer a Jesús de cerca. De hecho, la amistad, conocer verdaderamente al otro, requiere cercanía, es más, en parte vive de ella.** De hecho, no hay que olvidar que, según escribe Marcos, Jesús escogió a los doce con el objetivo primario de que «estuvieran con él» (Marcos 3, 14), es decir, de que **compartieran su vida y aprendieran directamente de Él no sólo el estilo de su comportamiento, sino ante todo quién era Él realmente. Sólo así, participando en su vida, podían conocerle y anunciarle.** Más tarde, en la carta de Pablo a los Efesios, puede leerse que lo importante es «el

Cristo que vosotros habéis aprendido» (4, 20), es decir, lo importante no es sólo ni sobre todo escuchar sus enseñanzas, sus palabras, sino conocerle a Él personalmente, es decir, su humanidad y divinidad, el misterio de su belleza. Él no es sólo un Maestro, sino un Amigo, es más, un Hermano. ¿Cómo podríamos conocerle si estamos lejos de Él? La intimidad, la familiaridad, la costumbre, nos hacen descubrir la verdadera identidad de Jesucristo. Esto es precisamente lo que nos recuerda el apóstol Felipe. Por eso, nos invita a «venir» y a «ver», es decir, a entrar en un contacto de escucha, de respuesta y de comunión de vida con Jesús, día tras día.

### El objetivo de nuestra vida debe ser el de encontrar a Jesús

Queremos concluir nuestra reflexión recordando el objetivo hacia el que debe orientarse nuestra vida: encontrar a Jesús, como lo encontró Felipe, tratando de ver en Él al mismo Dios, Padre celestial. Si falta este compromiso, nos encontraremos sólo con nosotros mismos, como en un espejo, ¡y cada vez nos quedaremos más solos! Felipe nos invita en cambio a dejarnos conquistar por Jesús, a estar con Él y a compartir esta compañía indispensable. De este modo, viendo, encontrando a Dios, podemos encontrar la verdadera vida.

Cfr. **Benedicto XVI, El apóstol Tomás, 27 septiembre 2006. Su determinación a la hora del seguir a Jesús: la vida cristiana se define como una vida con Jesucristo, una vida que hay que transcurrir con Él.**

- El cuarto Evangelio, en particular, nos da datos sobre algunas características significativas de su personalidad. La primera es la exhortación que hizo a los demás apóstoles cuando Jesús, en un momento crítico de su vida, decidió ir a Betania para resucitar a Lázaro, acercándose así de manera peligrosa a Jerusalén (Cf. Marcos 10, 32). En aquella ocasión Tomás dijo a sus condiscípulos: «Vayamos también nosotros a morir con él» (Juan 11, 16). **Su determinación** a la hora de seguir al Maestro es verdaderamente ejemplar y nos ofrece una enseñanza preciosa: revela la total disponibilidad de adhesión a Jesús hasta identificar la propia suerte con la suya y querer compartir con Él la prueba suprema de la muerte. De hecho, lo más importante es no alejarse nunca de Jesús. Cuando los Evangelios utilizan el verbo «seguir», quieren explicar que adonde se dirige Él tiene que ir también su discípulo. De este modo, **la vida cristiana se define como** una vida con Jesucristo, una vida que hay que transcurrir con Él. San Pablo escribe algo parecido cuando tranquiliza con estas palabras a los cristianos de Corinto: «en vida y muerte estáis unidos en mi corazón» (2 Corintios 7, 3). Lo que se da entre el apóstol y sus cristianos tiene que darse ante todo en la relación entre los cristianos y el mismo Jesús: morir juntos, vivir juntos, estar en su corazón como Él está en el nuestro.

- **Si falta el encuentro con Cristo no habrá auténtica existencia cristiana, aunque haya devociones y prácticas. La compenetración con Cristo.**

- **Es Cristo que pasa, 134:** Vivir según el Espíritu Santo es vivir de fe, de esperanza, de caridad; dejar que Dios tome posesión de nosotros y cambie de raíz nuestros corazones, para hacerlos a su medida. Una vida cristiana madura, honda y recia, es algo que no se improvisa, porque es el fruto del crecimiento en nosotros de la gracia de Dios. En los *Hechos de los Apóstoles*, se describe la situación de la primitiva comunidad cristiana con una frase breve, pero llena de sentido: *perseveraban todos en las instrucciones de los Apóstoles, en la comunicación de la fracción del pan y en la oración.*

Fue así como vivieron aquellos primeros, y como debemos vivir nosotros: la meditación de la doctrina de la fe hasta hacerla propia, **el encuentro con Cristo** en la Eucaristía, el diálogo personal — la oración sin anonimato — cara a cara con Dios, han de constituir como la substancia última de nuestra conducta. **Si eso falta, habrá tal vez reflexión erudita, actividad más o menos intensa, devociones y prácticas. Pero no habrá auténtica existencia cristiana, porque faltará la compenetración con Cristo**, la participación real y vivida en la obra divina de la salvación.